

- I. Lebrusán Murillo, *La vivienda en la vejez: problemas y estrategias para envejecer en sociedad*, Madrid, Politeya. Estudios de política y sociedad, 36 (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 2019, 243 pp.

*La vivienda en la vejez* es el título de la primera monografía de Irene Lebrusán Murillo, Doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y especialista en vivienda y desigualdad desde una perspectiva comparada internacional. Se trata de una síntesis de la tesis doctoral homónima defendida en 2017 que recibió el Premio de Investigación en Economía Urbana del Ayuntamiento de Madrid y que ganó la convocatoria de recepción de manuscritos de la colección Politeya, editada por el CSIC, para su publicación en 2019.

Estamos frente a un original trabajo de sociología de la vivienda en la vejez destinado a un público especializado, accesible para el lector únicamente interesado en la experiencia residencial de la vejez en España en términos generales. Sustentado sobre un robusto aparato metodológico y crítico, el argumento principal del libro presenta la opción de *envejecer en el hogar* [*ageing in place*] –siendo el hogar la “unidad de convivencia conformada por las personas (o persona) que residen en una misma vivienda” (p. 42)– como estrategia óptima, frente a la institucionalización, a la hora de prolongar la vida con la mayor calidad posible, siempre y cuando la vivienda en la que se ponga en práctica dicha estrategia cubra las necesidades básicas de las personas mayores que las habitan. En esta línea, se introducen y analizan las estrategias desarrolladas por los mayores en nuestro país para envejecer permaneciendo en sociedad y las dificultades a las que se enfrentan para alcanzar esta meta, poniéndose especial énfasis en el perfil de aquellos que se encuentran en situación de riesgo como consecuencia de haber envejecido en condiciones de desigualdad alentadas por las políticas sociales pasadas. Todo ello para acabar denunciando la realidad de que más de un millón y medio de mayores experimentan vulnerabilidad residencial en la actualidad ante la insuficiente implicación del Estado en la tarea de garantizar que envejecer en la casa con calidad está al alcance de cualquier adulto mayor en España.

La ópera prima de la Dra. Lebrusán se estructura en tres partes que acogen un total de ocho capítulos más una introducción, un apartado de metodología, un anexo metodológico y un inventario de referencias bibliográficas. El manuscrito de casi doscientas cincuenta páginas inicia recuperando el problema de la definición de la vejez, a menudo elaborada sobre la asociación a cambios negativos. La autora reconoce aquí la necesidad de avanzar hacia una síntesis de la vejez más inclusiva, pero hasta el Cap. 1 no explica

que, a su juicio, este criterio solo lo cumple la definición de la vejez a partir del momento cronológico determinado en el que las personas comienzan a beneficiarse de formas públicas de protección específicas y adquieren nuevos derechos y obligaciones, esto es, los sesenta y cinco años.

Superado este debate, en el que tiene que detenerse necesariamente, Lebrusán justifica la preferencia por el envejecimiento en el hogar en la posibilidad demostrada de una mayor longevidad y bienestar –traducido sobre todo en independencia– y en la garantía de continuidad biográfica y en sociedad por parte de quienes llevan a cabo esta práctica, sin ignorar los beneficios que la misma supone para las arcas del Estado (cap. 3). Siguiendo su definición de *hogar*, según se ha citado arriba, en el cap. 2 se recogen algunas de las “estrategias de resistencia” a través de las cuales los mayores pueden envejecer en el hogar sin perder su independencia ni aislarse de la sociedad. Presentadas de *mejor a peor*, por una parte, se describe la denominada *estrategia de permanencia*, consistente en adaptar la vivienda de siempre a las necesidades que aparecen como correlato del proceso de envejecimiento. Por otra parte, encontramos las *estrategias de ruptura*, que implican el abandono del espacio habitual. Estas pueden producirse *con continuidad en el hogar*, cuando los mayores, llegado el momento, se mueven y compran, alquilan o habitan una vivienda disponible con anterioridad (comprada o heredada) que se ajusta a sus necesidades, y *con fusión del hogar*, si el núcleo conviviente se muda a casa de un familiar, normalmente descendiente, de manera permanente o rotativa. Todo ello sin perjuicio de compaginar las distintas estrategias con asistencia en el hogar informal o cualificada, pública o privada. En último lugar, se menciona la llamada *estrategia marginal* que representa la institucionalización y que, según la voz de la autora, no es una opción que permita envejecer en sociedad. Esta clasificación se desarrolla también en el cap. 7, perteneciente a la tercera parte.

A partir de este punto, comienza a explorar las complicaciones a las que se enfrentan los mayores para alcanzar el objetivo de envejecer en sus hogares. En ese mismo cap. 7, que es en realidad un estudio de caso de Madrid, se explica que cuando la vivienda habitual, o el edificio en el que se encuentra esta, empieza a presentar problemas (por ejemplo, envejecimiento de las instalaciones, fallos de mantenimiento, espacio insuficiente, inadecuación del mobiliario, condiciones estructurales...), en un entorno cada vez

más encarecido, factores como la escasez de recursos económicos y la cultura del ahorro obstaculizan sobremanera la adopción de estrategias de resistencia. Otro aspecto importante que se destaca en este capítulo es el *apego* a la casa y al barrio, que se genera en función del tiempo que se lleva viviendo en el mismo lugar, el legado que se ha creado en él, la familiarización con el entorno, el sentimiento de pertenencia y de identidad o la seguridad percibida y ontológica, entre otros, y que puede provocar distorsión cognitiva hasta el punto en que los mayores niegan o minimizan los problemas evidentes para permanecer en el hogar. En ocasiones, son las propias administraciones, con sus altas exigencias, sus prohibiciones y su burocracia, las que reprimen los deseos de mejorar de los hogares. Y, finalmente, el desconocimiento y la falta de asesoramiento de los mayores sobre los programas sociales disponibles para dar respuesta a sus necesidades de vivienda son asimismo notorios.

Aquí ha de entrar en juego el Estado como garante de que nadie se queda atrás, sostiene Lebrusán. Sin embargo, su intervención resulta ineficaz en la actualidad, haciendo que la responsabilidad de asegurar el envejecimiento en el hogar en condiciones de calidad suficiente recaiga en los propios mayores o en sus familiares. El motivo por el cual la autora llega a la consideración de que el Estado ha de asumir esta tarea resulta del recorrido por la historia reciente de las políticas sociales en materia de vivienda (cap. 5) y de protección de la vejez (cap. 4) en España que pone al descubierto los orígenes de las diferencias estructurales que muchos mayores de sesenta y cinco años han arrastrado hasta esta edad avanzada.

El contexto histórico-político que le ha tocado vivir a quienes ahora son adultos mayores, el poco empeño que se puso durante el siglo pasado en la protección de la vejez y la evolución del sistema residencial español en el que maduraron quienes ya han cumplido los sesenta y cinco, alimentado por una política que privilegió a unos sobre otros por cuestiones meramente ideológicas, hacen que se den situaciones de vulnerabilidad residencial no ligadas a la vejez en sí misma ni a la irresponsabilidad individual, sino a la desigualdad de oportunidades que ha afectado de manera directa y discriminatoria a una parte significativa de la población mayor de hoy, como bien detalla la experta a lo largo de toda la segunda parte del libro.

A ella le interesa poner el foco en aquellos que más duro lo tienen: conocer sus perfiles, las causas y las consecuencias de su dificultad. Para ello, en la tercera parte, caps. 6 y 7, se zambulle en los datos a partir de un estudio mixto con el que retrata a aquellos que están en situación de riesgo y con los que, a menudo, convivimos sin ni siquiera darnos cuenta. La distribución del panorama residencial en la vejez se puede estudiar a partir de factores aislables (sexo, edad, estado civil, nivel de estudios, etc.) para estudiar cuál es el perfil de la población en peor situación y abordar los problemas que les afectan. El análisis cuantitativo del cap. 6 ofrece un mapa claro de la ex-

periencia residencial en España. El lector tiene que meterse de lleno en esta marabunta de datos que la autora desglosa tan pródigamente. Pero, a grandes rasgos, el resultado indica que las mujeres, los más viejos, los no casados, los que viven en municipios pequeños, en edificios viejos, los que no se han movido nunca y los que no tienen estudios son los que peores situaciones cargan. Entre ellos están los que envejecen en el hogar en situación de riesgo extremo, lidiando con apuros relacionados con el agua corriente, la ausencia de bañera o ducha y de inodoro, el mal estado del edificio, la carencia de ascensor y de calefacción, el hacinamiento o la accesibilidad. El testimonio recogido en el cap. 7 de algunos de ellos, residentes en Madrid, muestra hasta qué punto nos enfrentamos a un problema que no solo puede considerarse de injusticia social, sino incluso de insalubridad e inseguridad.

El capítulo que pone fin al texto esboza, en último término, una crítica al sistema de provisión de protección de la experiencia residencial en la vejez y protagoniza una llamada a la acción surtida de una lista de recomendaciones de la que tanto agentes sociales como políticos deberían estar ya dando buena cuenta. Lo ideal, reconoce, sería contar con una mayor inversión pública, pero, si esto no es posible por falta de fondos, lo cual, admite, es como poco dudoso, también es importante la mejora de los protocolos administrativos y del asesoramiento que reciben los mayores.

El objetivo principal de *La vivienda en la vejez* es arrojar luz sobre las condiciones residenciales en las que se produce el envejecimiento en España, con atención específica a la vulnerabilidad residencial en la vejez. Se trata, por un lado, de desvelar la vulnerabilidad experimentada en el proceso de envejecimiento en la vivienda, estableciendo qué problemas son importantes en nuestro país y qué factores predisponen a sufrirlos y, por el otro, de conocer las estrategias de resistencia disponibles y valoradas por los mayores para permanecer en sociedad. Pero también, añadiría yo, se ha pretendido hacer hincapié en las carencias del sistema de provisión de protección de la vejez y su experiencia residencial por parte del Estado y se ha elevado una dura crítica al mismo.

Como resumen, las conclusiones principales del libro son 1) que la vivienda es importante en la vejez, pero se experimenta de forma desigual, ante lo que se desarrollan unas respuestas más o menos adaptativas; 2) que envejecer en la vivienda es bueno para permanecer en sociedad, pero, para que se produzca de manera exitosa, es necesario que esta cubra las necesidades de los mayores, cosa que no sucede siempre en España, dándose lugar a situaciones de vulnerabilidad. 3) Los más sensibles a esto responden a un perfil concreto (p. 142) determinado por su biografía, sus circunstancias y la forma en la que les ha afectado la política social del pasado. 4) Así las cosas, el Estado debe responsabilizarse de aquellos a quienes ha perjudicado, pero no lo hace suficientemente.

Reflexionando al hilo de la lectura de este trabajo de Lebrusán, me pregunto si realmente le conviene al Estado que los mayores envejecan en sus hogares, si hacerlo de forma óptima requiere en muchos casos de su intervención. En términos de costes, lo más interesante para la administración es seguir dando pábulo a esta idea del *ageing in place* al tiempo que se fomenta la tolerancia a la frustración que ya de por sí arrastran los que llevan siendo dejados de lado toda la vida. De esta manera, el Estado no tiene que invertir en residencias de mayores ni tampoco auxiliar a quienes quieren envejecer en sus hogares, pero no tienen medios para hacerlo. Lo más económico para la administración es que los mayores sigan en sus casas inhabitables hasta el momento de la muerte. Desde aquí, el mayor inconveniente que plantea la propuesta de la Doctora es que requiere de una actuación inmediata y la administración no parece estar por la labor. A largo plazo, toda esta problemática se irá reduciendo, a medida que las diferencias estructurales heredadas

de las políticas precedentes, sobre todo las que vienen de la dictadura, se disipen gracias a las políticas inclusivas del presente.

*La vivienda en la vejez* es un libro de lectura rápida y de digestión lenta, en mi experiencia. Abre muchos caminos a la reflexión, poniendo patas arriba algunas ideas preconcebidas que todos compartimos sobre la vejez y sobre la experiencia de envejecer en el hogar. No exagero si digo que debería ser lectura forzada, al menos, para las personas que están próximas al momento en el que se ha de adoptar una estrategia respecto de la experiencia residencial y para sus familiares, así como para cualquiera que esté interesado en la sociología de la vivienda en la vejez y en la mejora de la calidad de vida de las personas mayores en general. Por supuesto, es una parada necesaria para quienes tienen hasta cierto punto la responsabilidad y la posibilidad de promocionar el envejecimiento digno.

Josefa Ros Velasco